

William Spence Robertson, *Iturbide de México*, Rafael Estrada Sámano, introd., notas y trad., Jaime del Arenal Fenochio, present., México, FCE, 2012 (Col. *Historia*), 487 págs., ils.

¿Por qué tuvieron que pasar sesenta años para que esta obra fuera traducida al español y se publicara en México?<sup>1</sup> ¿Fue por influencia de la Historia oficial que esta producción no veía la luz en nuestro idioma? Llama mucho la atención este hecho tomando en cuenta los numerosos libros de estudiosos extranjeros que son traducidos y publicados por editoriales mexicanas.

William Spence Robertson fue un notable historiador nacido en Glasgow, Escocia, el 7 de octubre de 1872 y fallecido en Urbana, Illinois, el 24 de octubre de 1955. En su infancia fue llevado por sus padres a Estados Unidos, en donde se formó profesionalmente en las universidades de Wisconsin y Yale, en esta última obtuvo su doctorado. Se orientó especialmente a la investigación de la historia latinoamericana, preferentemente al periodo de la Independencia. En este campo produjo abundantes frutos como *The Life of Miranda* (1929), libro publicado varias veces en traducción al castellano.<sup>2</sup> De hecho, Robertson descubrió el archivo personal del Precursor Francisco de Miranda en una biblioteca privada inglesa. También fue autor de libros como: *France and Latin-American Independence; Rise of the Spanish American Republics: as told in the lives of their liberators; History of the Latin-American nations; Hispanic-American relations with the United States*, por citar sólo algunos, así como de numerosos artículos. Lo anterior nos muestra la predilección del autor por los temas hispanoamericanos y biográficos.

El doctor Robertson nos muestra a Iturbide como producto de la sociedad tradicional novohispana. Nacido en el seno de una familia de la élite de Valladolid de Michoacán, recibe la educación propia de la época en el Seminario Conciliar de la ciudad. Es conveniente mencionar que nuestro personaje no fue un intelectual, sino que se dedicó a labores prácticas como la administración de las propiedades de su padre y la milicia.

En uno de los capítulos se nos muestra la trayectoria del michoacano como oficial del ejército realista en el cual llegó a destacar notablemente y a ser reconocido por los principales militares españoles, como Félix María Calleja. Sin embargo, algunos hechos ensombrecen su figura, como la crueldad mostrada en la represión de los insurgentes y la acusación de personas de la ciudad de Guanajuato de que aprovechaba su cargo militar para traficar con mercancías.

A raíz de esta denuncia, y a pesar de que nunca se demostró su culpabilidad, Iturbide resiente la poca consideración con que es tratado por la monarquía es-

---

<sup>1</sup> William Spence Robertson, *Iturbide of Mexico*, Durham, NC, Duke University Press, 1952, 361 págs., ils.

<sup>2</sup> Véase William Spence Robertson, *La vida de Miranda*, trad. de Julio E. Payró, ed. revisada y compulsada por Pedro Grases, Caracas, Publicaciones del Banco Industrial de Venezuela, 1967, 491 págs., ils.

pañola, por ejemplo, al no permitírsele realizar un viaje a la Península Ibérica, por lo que prefiere retirarse de su puesto.

Cuando en 1820 es restablecida la Constitución liberal en el imperio hispánico surge como reacción a ella la conspiración de la Profesa en la Ciudad de México y, en ese contexto, Iturbide es nombrado para comandar las tropas que luchan en el Sur contra el insurgente Vicente Guerrero. Después de algunas derrotas ante las huestes guerreristas, el vallisoletano sigue el proyecto de unión entre realistas e insurgentes para obtener la independencia de México, bajo un esquema monárquico en donde se invitaría a Fernando VII o a miembros de su familia a encabezar el imperio mexicano, proyecto expresado en el Plan de Iguala, en cuya confección —sostiene Robertson— don Agustín podría haber seguido el consejo de diversas personas como Juan José Espinosa de los Monteros, Juan N. Gómez de Navarrete y Juan Francisco Azcárate, entre otros. Mediante el despliegue de sus dotes diplomáticas Iturbide logra que se adhieran al plan los diversos sectores de la sociedad novohispana, desde los obispos hasta los liberales. Vendrán después los Tratados de Córdoba con el capitán general de Nueva España, Juan O'Donojú, mediante los cuales se obtiene la independencia. Comienzan los conflictos de nuestro personaje con el poder legislativo y con los grupos políticos llamados *borbonistas* —monárquicos liberales que querían soberano de la Casa Real española pero bajo el régimen constitucional liberal— y republicanos —los cuales se incrementarán notablemente cuando Iturbide se convierta en emperador. Según decía el periodista insurgente Carlos María de Bustamante, uno de sus más tenaces enemigos, el monarca cavó su propia tumba al pelear con el Congreso (p. 295).

Don Agustín creía que el pueblo mexicano no estaba preparado para la república y la democracia, Robertson toma incluso una cita de éste para señalar que pareciera haber recibido influencia del dublinés Edmund Burke, lo que es poco probable, ya que el michoacano escribió: “que cada pueblo debía tener una constitución análoga a su religión, a su posición, a sus costumbres, a sus relaciones internacionales y aun a sus prejuicios” (p. 304).

Entre los mayores opositores a Agustín I encontramos a varios masones del rito escocés, como son los casos de José Mariano de Michelena, antiguo diputado a Cortes en la Península Ibérica, y de José María Fagoaga, miembro de una familia con vínculos políticos internacionales. También intriguaron contra Iturbide el célebre fray Servando Teresa de Mier y el embajador de la Gran Colombia en México, Miguel Santa María, quien era mexicano de nacimiento.

Antonio López de Santa Anna se levantó en armas y proclamó la república mediante el Plan de Veracruz que le escribió Miguel Santa María. El gobierno envió al militar peninsular José Antonio Echávarri a sofocar la revuelta santanista, pero éste acabó uniéndose al enemigo y proclamó el Plan de Casa Mata, paso en el que pudo tener influencia sobre él Francisco Lemaury, quien estaba al mando del fuerte de San Juan de Ulúa, aún en manos del gobierno español, así como el hecho de la reciente afiliación de Echávarri a la masonería escocesa.

Es una aportación interesante del autor señalar la participación de Lemaur en este entramado.

Bajo el Plan de Casa Mata el emperador envió a combatir a los insurrectos a otro militar español amigo suyo, pero éste, de ideas políticas liberales, se une a los rebeldes y precipita la caída del efímero imperio. Iturbide restablece el Congreso, que antes había disuelto, y finalmente envía su abdicación.

Carlos María de Bustamante mencionó en una de las sesiones del Congreso: “¡Agustín! ¡Agustín! ¡Tú nos diste la independencia, pero nos quitaste la libertad!” (p. 352). Éste era el argumento principal de los liberales enemigos de Iturbide.

El ex emperador fue enviado al exilio y aquí vemos otro de los aportes de esta biografía que es señalarnos aspectos desconocidos de su estancia en Europa. Nos recuerda, por ejemplo, que Iturbide tuvo una entrevista en Londres con el Libertador José de San Martín, quien le aconsejó que no regresara a México por el bien de la paz pública. El michoacano no siguió el consejo porque, según él, Fernando VII buscaba reconquistar estos territorios con el apoyo de la Santa Alianza.

Iturbide desembarca en nuestro país y es fusilado en Padilla, Tamaulipas, el 19 de julio de 1824. Quienes estaban al frente del gobierno en ese momento sostenían que el verdadero propósito de don Agustín era restablecer su imperio.

En el epílogo de la obra Robertson considera que Iturbide no fue tan glorioso como Simón Bolívar y José de San Martín: “Principalmente en razón del infortunado resultado de su ensayo de gobierno imperial, cuando privó de la libertad al pueblo que él había emancipado de la dominación española, a Iturbide se le debe asignar un nicho en el templo panamericano de la fama histórica inferior al ocupado por Bolívar o San Martín” (p. 427).

En mi opinión, este libro de William Robertson es un brillante aporte para el estudio de la vida de Agustín de Iturbide. Obra de madurez, como lo señaló José Bravo Ugarte en su momento,<sup>3</sup> sitúa muy bien a su personaje en el contexto de la historia latinoamericana de la época. La impresionante cantidad de documentos consultados en archivos situados en apartados lugares del mundo, como lo mencionó Silvio Zavala,<sup>4</sup> así como la amplísima bibliografía citada es otro de los grandes méritos de esta biografía. El autor trató de seguir un criterio ecuánime y no ser un detractor ni un apologista de Iturbide.

Ojalá que la traducción al castellano de *Iturbide de México* nos sirva para profundizar más en el conocimiento de este personaje fundamental en la Independencia de nuestro país a quien Clío no ha otorgado “el lugar que él merece” (p. 423), como declara Robertson.

Salvador Méndez Reyes

---

<sup>3</sup> Reseña de José Bravo Ugarte a la edición original de esta obra, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. II, núm. 2 (octubre-diciembre de 1952), pp. 269-276.

<sup>4</sup> Reseña de Silvio Zavala a la edición original de esta obra, en *ibid.*, pp. 267-269.